CRISTINA PRADA

TODAS LAS MALDITAS VECES QUE LA TUVE DEBAJO DE MÍ

booket

Cristina Prada

Todas las malditas veces que la tuve debajo de mí

Esencia/Planeta

Certificado PEFC

Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

PEFC™
PEFC/14-38-00305

www.pefc.es

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Prada, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018, 2022
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl
Imagen de la cubierta: Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: julio de 2022

Depósito legal: B. 9.956-2022
ISBN: 978-84-08-26064-6
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

1

Bryan Adams. *On a day like today*

—Vamos a ir —me amenaza Emmet, señalándome con el dedo.

Pongo los ojos en blanco y me dejo caer contra el respaldo de su desvencijado sofá.

—No voy a ir a ninguna parte —me quejo— y París está algo así como a seis horas en coche desde Londres. Por lo menos, podríamos ir en avión, como las personas normales —protesto de nuevo.

En realidad, ni siquiera sé por qué lo hago. Volar no es precisamente mi actividad favorita.

Mi mejor amiga resopla, haciendo sonar sus labios como si fuera un caballo de carreras en pleno relinche.

—Y, entonces, ¿qué gracia tendría? —replica—. Mira, la cosa va así —sentencia, arrodillándose a los pies del sofá, junto a mí. Presiento que ahora viene un gran discurso o sobre la amistad... o sobre el sexo—: Vas a coger un par de bragas y el cepillo de dientes, vas a meter tu culo en mi coche y nos vamos a ir a ver a nuestro grupo favorito de cuando éramos adolescentes a su concierto en París. Podría darte muchas razones por las que en este caso me

debes obligado cumplimiento, pero voy a centrarme en cinco palabras: exnovio gilipollas tirada en altar.

El gilipollas en cuestión tiene nombre, Martin, y, antes, un hueco en mi vida y mi apartamento... o debería decir su apartamento, porque, después de romper conmigo dos días antes de nuestra boda, el muy hijo de su madre me echó del piso que compartíamos en Fulham; literalmente me puso las maletas en la calle.

—Tienes que celebrar que esquivaste esa bala —añade.

Después de tres semanas llorando como una idiota en el sofá de Emmet, también empiezo a pensar que, el que me dejara, al contrario de lo que creí en un primer momento —ganas de morirme zambullida en un cubo de helado del Ben & Jerry's incluidas—, ha sido más una suerte que una desgracia. Martin no es una buena persona.

—Y yo pienso ayudarte —reañade.

La miro sopesando sus palabras y después sonrío suavemente y asiento. Tiene razón. Tengo que empezar a divertirme con urgencia. Ella me devuelve la sonrisa, se levanta y se dirige dicharachera a su habitación. Parece que al final ha sido un gran discurso sobre la amistad.

—Vamos a hartarnos de follar, Ava Collins.

No puedo evitarlo y rompo a reír al tiempo que cabeceo. Puede que también haya sido un gran discurso sobre el sexo.

Una hora después estamos saliendo de su apartamento en el centro de Islington, más concretamente en el número 12 de la calle Theberton. La idea en sencilla: montarnos en su viejo Rover, conducir una hora y cuarenta minutos hasta Folkestone, cruzar el canal de la Mancha hasta Calais y conducir otras tres hasta París. Todo para ver, en el estadio del Parque de los Príncipes (eso sí que es un nombre de los buenos para un estadio), a No Regrets,

nuestro grupo de música preferido cuando éramos quinceañeras.

—No me puedo creer que nunca hayamos ido a uno de sus conciertos —comenta casi atónita Emmet mientras nos incorporamos al tráfico de la A3211 en sentido Dartford.

—Nos pasamos toda la noche en la cola para conseguir entradas para su concierto de Wembley en 2005 —le recuerdo.

—Sí, y tu padre nos descubrió a la mañana siguiente y nos arrastró de vuelta a casa cuando solo teníamos a diez personas delante en la fila. ¿Cómo no caímos en la cuenta de que tomaba esa calle todas las mañanas para ir al trabajo?

Rompo a reír. La verdad es que no fue nuestro plan más inteligente. Las dos mentimos diciendo que nos quedábamos a estudiar y a dormir en casa de la otra y nos pasamos toda la noche guardando turno en la cola en una calle cualquiera del West End. Cuando mi padre nos pilló, no le importaron todas nuestras súplicas y las dos estuvimos castigadas más de un mes. Aunque, francamente, estoy convencida de que, si hubiésemos conseguido comprar las entradas, el castigo no nos habría dolido tanto. No Regrets era lo más importante para nosotras. Llevábamos las carpetas forradas con sus fotos y en nuestras paredes no había un solo centímetro libre de pósteres. Nos sentíamos identificadas con sus canciones y creíamos que eran los únicos capaces de comprendernos. Supongo que éramos unas fans adolescentes en toda regla... y a mi padre nunca le hizo la más mínima gracia.

—Mira lo que he traído —anuncia Emmet sujetando el volante con una mano y rebuscando en su bolso con la otra.

—No me parece una buena idea que te distraigas en la carretera —repongo.

—*Relax*, Ava.

La miro con el ceño fruncido.

—De *relax*, nada. No quiero morir en este coche. Es viejo y muy deprimente —concluyo mirando a mi alrededor.

Dispuesta a impedirlo, le quito el bolso y empiezo a buscar en él, aunque no sé el qué. Además, aquí hay de todo.

—Por el amor de Dios —me lamento con cara de asco—. Creo que he tocado tu vibrador.

—Puede ser —replica como si no tuviera nada de raro.

—¿Cómo que puede ser? —casi grito—. ¿Para qué demonios te llevas un vibrador? Vamos a un concierto.

Ella gira la cabeza y me mira. Devuelve su vista al frente y de nuevo me observa, con una mezcla de condescendencia y sabiduría del tres al cuarto obtenida de algún canal de la tele por cable a una hora completamente intempestiva.

—Este viaje tiene un único objetivo, Ava Collins.

—Deja de llamarme por mi nombre completo. Pareces mi madre.

—¡Tienes que tener sexo! —chilla ignorando por completo mis palabras. Siempre pasa bastante de lo que digo, pienso o quiero hacer, pero, en lo que respecta a este viaje, eso está comenzando a ser alarmante—. ¿Cuánto tiempo hace que no sacas la almeja a pasear?

Cierro los ojos y cabeceo.

—¿La almeja? —demando perpleja—. ¿Qué demonios se supone que tengo que contestar a eso?

—La almeja, sí —afirma asintiendo—. Todas tenemos una y la tuya no es para nada feliz, Ava Collins. Es más, ha caído en coma profundo por aburrimiento. Así que, ¿qué vas a hacer para solucionarlo?

—Podría decir muchas cosas y demostrarte no solo que estás equivocadísima, sino que eres lo peor —senten-

cio haciendo hincapié en la última frase—, pero, como necesito urgentemente que dejes de utilizar la palabra *almeja,* voy a responder a tu pregunta con «follar».

—*Meeec* —pronuncia imitando el sonido de error de los concursos de la tele—. Respuesta equivocada.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es la correcta?

—Follar con una estrella de la música —contesta veloz.

La miro a punto de resoplar. Ante mi silencio, Emmet me observa y sonríe de oreja a oreja.

—Un plan genial, ¿verdad?

—Vete a la mierda —concluyo a punto de echarme a reír—. Vamos a cruzar al continente porque tienes la idea de que vas a poder ligarte a uno de los miembros de No Regrets.

—Vamos —me corrige.

—Conmigo no cuentes.

—Connor Bay —me rebate como si el nombre de uno de los componentes de la banda fuera el equivalente al abracadabra del sexo indiscriminado—. ¿Tengo que decir algo más?

—Que estás desequilibrada y quieres que te interne en un centro sin ventanas —propongo.

Emmet me enseña el índice y el corazón, imitando a un arquero inglés de la guerra de los Cien Años indicándole a un soldado francés lo que conserva —el modo británico de hacer una peineta—, y rompo a reír de nuevo.

—Me lo voy a tirar —sentencia— y tú puedes elegir entre William, Tyler u Oliver —añade mencionando a los otros tres miembros.

—¿Sabes que Connor Bay está casado?

—Me merezco que tenga un desliz conmigo. Soy su *groupie* desde los catorce años.

—Y dejaste de serlo a los diecisiete.

—Eso él no tiene por qué saberlo —protesta.

Supongo que eso también es muy de fan adolescente. Un día se cruzó en nuestras vidas un chico del instituto, convenientemente acompañado de un amigo, y decidimos que ya éramos demasiado mayores como para quedarnos en casa de una de las dos a escuchar música. Poco a poco los pósteres de No Regrets fueron desapareciendo y las carpetas se llenaron de consignas que sonaban a muy adulto, aunque no las entendíamos del todo. Mi preferida «Salgamos de la OTAN». Si a alguna de las dos nos hubiesen preguntado en aquel momento qué era la OTAN, ninguna habría podido contestar, aunque teníamos clarísimo que, fuera lo que fuese, era malísimo para una sociedad justa y libre.

—¿Crees que seguirá siendo igual de guapo? —pregunto—. Al fin y al cabo, han pasado doce años desde aquella época.

—Claro que sí. Solo tiene treinta y tres años.

William Hamilton y Oliver Thomson, treinta y cuatro; Tyler Evans, treinta... y nosotras, veintiséis y el inicio de unas amenazantes arrugas de expresión. El tiempo ha pasado para todos.

—Bueno —me apremia—, ¿vas a sacarlo ya del bolso?

La miro confusa.

—¿El qué?

—El cedé —responde como si resultara obvio.

Asiento cayendo en la cuenta de que antes le he robado el bolso y he tocado su vibrador (¡qué asco!) por un motivo. Rebusco y sonrío al ver la portada del primer disco de No Regrets.

—No me lo puedo creer —murmuro girándolo entre mis manos, llenándome de recuerdos.

—Ni yo, tía. ¡Nos comprábamos cedés!

Estallo en carajadas por su vehemencia.

—¿Crees que seguirán vendiéndolos?

—Deberían —replico.

—Eso explícaselo a un niño de catorce años cuando te pregunté por dónde se enchufa ese disco raro a su móvil.

Asiento. Sabias palabras.

—Somos viejas —gimotea.

Niego con la cabeza.

—De eso nada —le advierto con una sonrisa—. Tú y yo seremos *vintage*.

—Amén a eso.

Acelera. Estamos a tres horas de tierras francesas.

* * *

—Este sitio es la hostia —comenta Emmet mientras nos encaminamos a la puerta principal del estadio.

Giro sobre mis pies, mirando a mi alrededor sin poder dejar de sonreír. Hay muchísimas chicas de nuestra edad, pero también otras más mayores y, sobre todo, cientos y cientos de adolescentes con el nombre de No Regrets o de alguno de sus componentes escritos en la cara y aspecto de haber pasado la noche haciendo cola para conseguir el mejor lugar.

Emmet le entrega nuestras entradas al guardia de seguridad, nos cachean y, al fin, accedemos al Parque de los Príncipes. Es espectacular. No tengo ni la más remota idea de cuántas personas caben aquí, pero, si me preguntaran, solo por el ambiente que hay, diría que millones.

El escenario es gigantesco. No se alcanza a ver lo que hay en él, ya que las luces apuntan al público, dejando las tablas en la más estricta penumbra. Creo que hay algo que lo alberga, algo sostenido por cuerdas y que se eleva más allá de las gradas del estadio. Si no fuera una estupidez, diría que es la carpa de un circo.

Mi amiga me agarra de la mano sin ninguna delicadeza y tira de mí para que deje de alucinar y acelere el paso.

Se ha marcado como objetivo estar lo suficientemente cerca del escenario como para que Connor Bay la vea y se enamore al instante de ella.

—Tendremos que quedarnos aquí —se lamenta al comprobar que no podemos avanzar más. Diez filas de adolescentes cantando todas y cada una de las canciones del grupo (y eso que el concierto todavía no ha comenzado) nos lo impiden.

—Espero que Connor Bay vea bien de lejos —bromeo.

Ella me observa y tuerce los labios.

—Paso de ti —me deja claro—. Más que nada —añade con una sonrisa— porque tengo esto.

Se saca dos trozos de cartón del bolsillo trasero de los vaqueros y me los planta delante de la cara.

—¿Qué son?

Emmet resopla hastiada.

—Por Dios, ¿qué harías sin mí?

—Vivir tranquila —ratifico, y luego suelto una risilla, encantada con mi propia broma. Ha sido lo más.

—Son dos pases vip para el *backstage*.

Frunzo el ceño, incrédula.

—¿Y de dónde has sacado tú dos pases vip para acceder al *backstage*?

—Los gané en la radio —contesta mirando a todos lados menos a mí.

—Mentira.

Si Emmet Wilson hubiera ganado dos pases de *backstage* para un concierto de los No Regrets, habría llamado, además de a la propia radio, a la tele para contarlo... Todo el barrio de Islington, en particular, y el norte de Londres, en general, lo sabrían. Además, miente fatal.

—Emmet —la presiono.

Ella vuelve a soltar un bufido.

—Está bien —claudica alargando todas las vocales—. Me los ha hecho un tío, ¿contenta?

—No —respondo como si fuera obvio, y es que es obvio—. ¿Qué tío?

—Uno de confianza.

—Si fuera de confianza, no habrías dicho «un tío». Lo habrías llamado, yo qué sé, Matt.

—Pues se llama... Paul. —Otra vez sus ojos se posan en cualquier lugar menos en mí.

—Paul, ¿qué más?

—Y yo qué sé —protesta enfurruñada—. He dicho que era de confianza, no que estuviéramos enamorados. Es legal —sentencia alzando suavemente las dos manos—. Fue el que le hizo el carnet falso a mi prima Stacey.

—Oh, Dios mío. ¿Cómo he podido dudar de ti —digo apenada, y Emmet empieza a asentir con una sonrisa, convencidísima de mis palabras—, si se trata de Paul, el que le hace los carnets falsos a los adolescentes del colegio público de la calle Harris? —planteo sarcástica.

Mi amiga ya no asiente, acaba de pillar la ironía.

—Están superbién hechos.

—¿Y lo sabes, por?

—Porque lo sé.

—¿Tienes cinco años? —me quejo—. Eso no es una respuesta.

—Y esto no es una conversación y paso de ti.

—No, yo paso de ti.

—Cuando Connor Bay se enamore de mí y me pida que nos casemos, no te invitaré a mi boda llena de estrellas de la música.

—Cuando Connor Bay te denuncie por acoso y te encierren en un cuarto con las paredes acolchadas, no iré a verte.

—¿De qué vas, tía? —replica, y ahí es cuando me doy cuenta de que pasa demasiado tiempo en la calle Harris, que se parece sospechosamente al Bronx de los noventa—. No lo acoso, lo quiero.

Se lleva los dedos al pecho, hace la mitad de un corazón y estira la mano para acabar señalándome.

—Amor del bueno.

La miro muy seria, pero no soy capaz de contenerme mucho tiempo y las dos rompemos a reír. No sé si los pases de *backstage* funcionarán o no, pero está claro que esta noche vamos a divertirnos muchísimo.

Apagan las luces y todas a nuestro alrededor comienzan a gritar emocionadas. Nos giramos hacia el escenario, expectantes, casi con el corazón encogido. Se respira tensión, pero de esa bonita, de la que se te mete en el estómago y te hace sentir millones de mariposas.

El escenario se ilumina y es... sencillamente increíble.

—Emmet —murmuro admirada, sin poder dejar de contemplarlo.

No me he equivocado. Una espectacular carpa de circo, que se eleva más allá de la altura del estadio, alberga el escenario, donde hay un enorme elefante azul hecho con telas y gasas y, apoyado en él, un gigantesco soldadito de plomo a un lado y Alicia, la protagonista de *Alicia en el país de las maravillas*, al otro, como si nosotras también hubiésemos seguido al conejo blanco a través del espejo y hubiéramos caído en el mundo de los cuentos. En diferentes tamaños, por toda la escena, hay más personajes de fantasía, como caballeros y princesas; incluso los músicos van vestidos, en una versión cosmopolita y moderna, de la guardia real del príncipe de *Cenicienta*.

No Regrets ha creado esto para nosotras. Es alucinante.

Una guitarra eléctrica comienza a sonar, el inicio de una canción. Hay movimiento en el escenario. Las chicas comienzan a gritar de nuevo. Las luces se apagan... solo un segundo. Cuando vuelven a encenderse, No Regrets está en el centro de las tablas. Los chillidos entregados toman el ambiente, rasgándolo, y no puedo evitar sonreír.

Es casi hipnótico. Impresiona verlos ahí, inalcanzables y al mismo tiempo sentirlos tan tuyos porque, aunque haya cien mil personas más aquí, esta noche van a cantar solo para ti.

Al igual que sus músicos, los cuatro componentes llevan una versión sofisticada y sexy de un traje de la guardia real. Mi sonrisa se ensancha. Parecen cuatro príncipes oscuros, como si el cuento se hubiese modernizado y los chicos malos lo protagonizaran ahora.

El rugido de guitarra se hace más intenso y las chicas se vuelven un poco más locas, pero ellos permanecen ajenos, subidos a un arrogante pedestal. Una chiquilla a nuestro lado rompe a llorar, estirando la mano, tratando de alcanzarlos, con la vista clavada en ellos.

Más guitarra.

Más luces.

Más gritos.

Y empiezan a cantar.

¡Reconozco esta canción! Fue el primer sencillo de su primer álbum. Yo también grito, contagiada del ambiente, y arranco a cantar moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¡Esto es una pasada! —chilla Emmet—. ¡Creo que voy a lanzarles mis bragas!

Tiene toda la razón... en lo de que es increíble, no en lo de lanzar ropa interior.

Las siguientes canciones son aún mejores. A pesar de que llevaba años sin escucharlas, me siento tremendamente orgullosa de recordarlas a la perfección y cantarlas como si todavía tuviera quince años y estuviera en el centro de mi habitación.

Y siguen guapísimos, sin excepción.

Sin embargo, cuando llegan sus nuevos éxitos, sobre todo las canciones de su último disco, no sé por qué, pero no me provocan lo mismo. Siguen siendo buenos

temas, con buenas letras, pero siento que no tienen corazón.

—Vamos —me apremia Emmet cogiéndome del brazo y tirando de mí.

—¿A dónde? Me encanta esta canción...

William Hamilton está cantando en el centro del escenario uno de los viejos éxitos del grupo, solo con su guitarra acústica, derrochando talento puro y un atractivo casi magnético. Tiene el pelo castaño claro y los ojos sencillamente preciosos, a medio camino entre el verde y un suave marrón, como los de un animal en mitad de la sabana. Los rasgos, masculinos; el cuerpo, delgado, armónico, y las manos, grandes. Definitivamente creo que quiero seguir mirándolo el resto de mi vida.

—Tenemos que aprovechar todo el jaleo de que el concierto esté a punto de terminar para...

Mi amiga sigue hablando, pero no la estoy escuchando. William Hamilton está cantando que el amor es complicado, que duele, pero que siempre habrá alguien que te cogerá de la mano cuando saltes al vacío y te hará feliz. Es una canción preciosa y su voz la vuelve todavía mejor.

—¡Ava!

—¿Qué? —respondo saliendo de mi ensoñación.

Por la manera en la que Emmet me mira, me doy cuenta de que no es la primera vez que me llama.

—Me encanta esta canción —repito, y no sé si lo gimoteo a modo de disculpa o bien protesto para que deje de interrumpirme.

—Ya, sí... a ti lo que te encanta es William Hamilton —replica burlona.

—¿Y a ti no? —me defiendo.

—Pues claro —responde veloz—, y quiero palparlo con estas manitas —añade mostrándomelas—, así que vámonos al *backstage*.

La miro durante un puñado de segundos sin decir una

sola palabra, curiosamente en un lugar atestado de gente y buena música.

—No lo veo claro —suelto al fin.

Emmet asiente y por una milésima de segundo creo que ella también ha comprendido lo temerario que es intentar colocarnos y va a rendirse.

—Por eso yo llevo los pases —sentencia.

Emmet Pearl Wilson, no tienes remedio.

La sigo a regañadientes, pero la sigo, las cosas como son. Si su plan funciona, va a ser fantástico. Si no, con toda probabilidad —más que nada, conociendo a mi amiga—, terminaremos en los calabozos de una comisaría del distrito dieciséis de París. Supongo que en cualquier caso tendremos una buena historia que contar.

Con bastante trabajo, logramos salir del centro del estadio y accedemos de nuevo a la galería que sirve de acceso a las distintas zonas; caminamos por ella tratando de encontrar los últimos pasillos, los que en teoría llevan a la parte de atrás del escenario.

—No podéis pasar —nos frena una voz ronca en mitad de uno de los corredores.

Yo miro la puerta, solo a un puñado de centímetros, y trago saliva. Es imposible que esa voz pertenezca a un hombre bajito y escuchimizado al que podamos vencer físicamente para huir de los gendarmes.

Nos giramos a la vez, pero creo que yo lo hago con un poco más de resquemor que Emmet, y me encuentro exactamente con lo que me temía; un señor afroamericano de dos metros de estatura por otros dos de anchura, con unos brazos más grandes que mis muslos, un pinganillo en la oreja y cara de pocos amigos.

—Perdone, caballero... —empieza a decir Emmet.

—No podéis pasar —repite, demostrando que le importa bastante poco lo que quiera que sea que mi amiga tiene que decir.

Emmet entorna los ojos dirigiéndolos hacia el miembro de seguridad. Suspiro. Vamos a acabar en prisión.

—¿Acaso me ha tomado por una de esas *groupies* adolescentes dispuestas a tirarle la ropa interior a Connor Bay? —inquiere indignadísima, señalándolo con el índice, como si, de repente, Elizabeth Hurley en *The Royals* no le llegara ni a la suela de los zapatos.

El hombre la mira sin saber qué decir y yo, la verdad, me aguanto para no hacer lo mismo. ¡Tirarle las bragas era exactamente lo que pensaba hacer!

—Tenemos pases vip para entrar en el *backstage* —lo informa tendiéndoselos—. No hemos llegado antes porque, con toda sinceridad, este sitio es demasiado ruidoso para mí.

El grandullón coge los pases y yo contengo la respiración. Los estudia con detenimiento, y después a nosotras, para volver a mirar los trozos de cartulina plastificada.

—Se nos está haciendo tarde —lo presiona Emmet.

¡¿Acaso ha perdido el maldito juicio?!

El hombre da un paso hacia nosotras y creo que voy a sufrir un ataque en toda regla. Otro más. Emmet lo mira sin pestañear. Otro más. Contengo la respiración...

Y abre la puerta a nuestra espalda.

—Que se diviertan, señoritas —dice devolviéndonos los pases.

Sonrío nerviosa y suelto el aire que había contenido.

—Eso haremos —responde Emmet con un punto de hostilidad.

Me agarra de la mano igual de poco delicada y tira de mí. No la culpo. He estado a algo así como a una décima de segundo de disculparme y pedir clemencia.

—Cuélgatelo del cuello —me ordena dándome una de las cartulinas.

Las dos lo hacemos, pasamos la puerta y me parece que ambas sonreímos de nuevo al darnos cuenta del pasillo al que acabamos de acceder. Hay un frenético movi-

miento de personal del *staff* llevando ropa y cables de un lado a otro y también de bailarinas estirando o directamente corriendo desde o hacia el escenario. Algunos reciben órdenes mediante unos auriculares conectados a un *walkie* y también de otras personas que no paran de dar palmadas y apremiar a todos los presentes para que se muevan más rápido. Está lleno de trajes preciosos, en consonancia con el escenario. ¡Estamos en el *backstage* de los reyes del pop y es aún mejor de lo que imaginábamos!

—Hemos pasado al otro lado de la cortina y hemos visto los hilos —comenta Emmet maravillada, parafraseando unas palabras de *El mago de Oz*.

—Amén a eso.

Una mujer con el pelo largo a la altura del mentón, liso y rubio platino, entra en la sala y con una firme palmada, solo una, capta la atención de todo el mundo.

—Es la última canción —les recuerda con esa clase de exigente profesionalidad que roza la tiranía, muy al estilo de Meryl Streep en *El diablo viste de Prada*—. Ya sabéis cómo funcionamos aquí, el final del espectáculo tiene que ser perfecto.

Todos asienten de una u otra manera y aceleran el ritmo. En mitad del delirante ajetreo, me percato de que hemos llamado la atención de la señora del pelo platino. Mal asunto.

—Vamos —le digo cogiendo la mano de Emmet y obligándola a caminar—. Tenemos que movernos.

Tomamos el pasillo a nuestra derecha. La mujer no aparta su vista de nosotras hasta que desaparecemos, pero, por suerte, no nos dice nada.

—Menos mal —murmuro.

—Esa mujer da miedo —apunta Emmet.

Asiento. No le falta razón.

El pasillo se curva, el griterío se hace más intenso y las dos sonreímos al ver cómo la pared de ladrillo blanca se

transforma en una enorme cristalera, lo que nos proporciona una visión inmejorable del escenario. Debemos estar en la antesala de los palcos del estadio o algo parecido.

—No me lo puedo creer —pronuncio, incapaz de dejar de sonreír—. Van a tocarla.

Emmet da unas palmaditas y unos saltitos realmente emocionada.

—Sí —certifica, estirando esa única palabra, sonriendo también.

*All the damn times I had her under me** era nuestra canción favorita. Nos la sabíamos de memoria. Nos la escribíamos en el brazo. La garabateábamos en todos los libros de clase. Era perfecta. Sigue siéndolo. Es un tema que habla de que el amor es lo único que importa, que querer es lo único que importa; de cómo, cuando tocas a la persona de tu vida, todas las demás, todas las que vinieron antes e incluso las que llegarán después, no significan nada.

Es increíble.

Tyler Evans comienza a cantar. Alzo las manos despacio y presiono el cristal con las palmas, pegándome a él, tratando inconscientemente de estar más cerca del escenario, de la propia canción. La primera vez que la oí, sentí algo especial. Por aquel entonces tenía quince años y nunca había estado enamorada de verdad. Sin embargo, ya sabía que el amor tenía que ser así de grande, de importante. Tenía que marcarte. No entiendo cómo después fui tan estúpida de no darme cuenta de que Martin no era así, que no sentía todo ese amor, esa pasión por mí y, desde luego, que no me quería de verdad, como todas merecemos que nos quieran.

* En español, *Todas las malditas veces que la tuve debajo de mí*, como el título de esta novela. *(N. de la a.)*

La voz de Tyler Evans rasga el ambiente, tocando cien mil corazones y el mío. Apoyo la frente en el cristal y en el mismo instante en el que canta que ninguna sonrisa importará si no es de ella, que ningún cuerpo le calentara las manos, una lágrima cae por mi mejilla. Me pregunto si alguna vez sentiré esa clase de amor.

—¿Estás bien? —inquiere Emmet, tocándome en el hombro.

—Sí —respondo veloz, limpiándome la cara antes de que pueda verme—. Lista para el siguiente paso de tu estúpido plan —sentencio burlona.

Ella me señala y asiente una sola vez. Supongo que ha decidido ignorar la palabra *estúpido*.

—Connor Bay —me recuerda haciendo hincapié en cada sílaba.

—El guapo casado —replico señalando ahora yo—. Será fácil de encontrar.

—Eres imposible, Ava Collins.

Se queja y yo no puedo evitar sonreír, orgullosa por mi propia broma. Escuchamos las voces de los chicos despidiéndose del público que grita como nunca. La música suena más fuerte.

Avanzamos por el entramado de pasillos sin tener la más remota idea de a dónde vamos. Cada vez vemos más gente del *staff*. Eso es una buena señal. Sin embargo, cuando más convencidas estamos de que nos encontraremos con No Regrets en cualquier momento, nos topamos con la mujer del pelo platino a un pasillo de distancia. Ella nos mira y, de inmediato, entorna los ojos.

—Joder —murmura Emmet.

—Ey —nos llama visiblemente molesta, echando a andar hacia nosotras.

—Corre —nos decimos al unísono, ¡y nos obedecemos!

Echamos a correr mientras la oímos volver a llamar-

nos. Esquivamos a gente del *staff,* a bailarinas... y tomamos un nuevo pasillo. Maldita sea, solo hay más gente con la que no chocarnos.

—Perdón, perdón —me disculpo sin detenerme.

—¡Por aquí! —me indica Emmet accediendo a una puerta a su derecha.

Pero, cuando voy a girar para reunirme con ella, dos hombres aparecen cargando unos burros enormes llenos de ropa, cortándome el paso. Emmet me mira con cara de susto. Apremio a los hombres, incluso al propio perchero con la mirada, pero parece interminable.

—Ey —vuelvo a oír.

Me giro. La mujer rubia platino está muy cerca.

—¡Lárgate! —le ordeno a Emmet.

Duda, pero finalmente asiente y las dos echamos a correr en direcciones opuestas. No sé cuántas veces giro, ni cuántos pasillos tomo, pero creo que me paso corriendo los cinco minutos siguientes. Completamente asfixiada —es obvio que necesito ir al gimnasio, no solo apuntarme y comprarme unas zapatillas de *training*—, me detengo y me llevo las palmas de las manos a las rodillas, tratando de recuperar el aliento.

Tras un par de segundos, me doy cuenta de que este corredor, sea el que sea, es mucho más tranquilo. No hay nadie del *staff* ni ninguna bailarina. Quizá he salido del *backstage* y no es más que un pasillo vacío del estadio.

Doy un suspiro, aliviada, pero entonces oigo una voz que se va acercando y todo mi cuerpo se tensa.